

CUARTO DOMINGO DE DICIEMBRE DE 1933

HOJA DOMINICAL

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

NUM.
914

10 ejemplares semanales @ 13 al año
50 ejemplares semanales @ 1,25 cada semana

AÑO
XIX

SANTORAL

Dom.	24	4.º de Adviento. San Delfin ob. Tarsila vg., Gregorio y Luciano, mrs.	Miérc.	27	San Juan Evangelista, Máximo, ob. y Nicerata vg.
Lun.	25	† La Natividad de Ntro. Señor Jesucristo. San Pedro Nolasco y Eugenia, vg.	Juev.	28	Los Santos Inocentes, mrs.; Castor, Víctor y Cesareo.
Mart.	26	San Esteban, mr.; Zósimo Papa, y Arquelao, ob.	Viern.	29	Santo Tomás, ob.; Calixto, Félix y Bonifacio, mrs.
			Sáb.	30	Santos Sabino; Anisio, Eugenio y Liberio, obs.

Cuarto Domingo de Adviento

Evangelio según San Lucas.—(Cap. III).

En el año decimoquinto del imperio de Tiberio Cesar, gobernando Poncio Pilato la Judea, siendo Herodes, tetrarca de Galilea, y su hermano Filipo, tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisantias, tetrarca de Albinia; hallándose sumos sacerdotes Anás y Caifás, el Señor hizo entender su palabra a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto; el cual, *obediendo al instante*, vino por toda la ribera del Jordán, predicando un bautismo de penitencia para la remisión de los pecados: como está escrito en el libro de las palabras o *vaticinios* del profeta Isaiás: Se oirá la voz de uno que clama en el desierto: "Preparad los caminos del Señor: enderezad sus sendas: todo valle será terraplenado, todo cerro y monte allanado; y así los caminos torcidos serán enderezados, y los escabrosos igualados; y verán todos los hombres al Salvador *enviado* de Dios.

EXPLICACION APOLOGETICA

De este concepto de la vida cristiana podemos ya deducir cual sería la preparación que el Precursor predicaba en las márgenes del Jordán. Voces de penitencia, de humildad, de arrepentimiento de los pecados, eran las que resonaban en los oídos de los discípulos del Bautista; y ofendían las pretensiones pseudo-mesiánicas de los escribas y fariseos, que solo miraban en el prometido Hijo

de David un cómplice de sus ambiciones políticas y de sus intereses terrenales.

Cumplíase, como dice el Evangelio, la profecía que anunciaba la predicación de Juan: «enderezad las sendas para el Señor; todo valle será terraplenado y toda eminencia achicada; los caminos torcidos serán enderezados y los escabrosos suavizados; entonces verán los hombres

y gozarán la Salud de Dios.

¿Quién no ve en estas frases metafóricas el proceso necesario que, se impone a todo hombre para incorporarse espiritualmente a la Obra de salvación de Jesucristo? Se impone esa adaptación del hombre carnal, del hombre terreno a Dios, que es espíritu: la penitencia adelgaza ese cuerpo de pecado, donde radican las concupiscencias abyectas; es necesario abajar el orgullo, que es como eminencia hinchada que obstruye el paso a la voz, y a la gracia del Señor: es necesario enderezar lo tortuoso de nuestro amor propio y desbrozar el alma de las espinas de la codicia; en una palabra, debe todo hombre purificarse, adaptarse a las exigencias del trato con Dios; esta preparación predicada por Juan Bautista daba la clave del reinado de Jesucristo todo espiritual y sobrenatural; nadie podía llamarse a engaño sobre los procedimientos que a todos se impondrían para ser cristianos.

Aún en el orden natural de los conocimientos humanos, nuestros sentidos y potencias requieren cierta adaptación a las cosas materiales que perciben para poder tener de ellas exacto conocimiento. No pode-

SILUETAS SEMANALES

«LO QUE CANTAN LOS ÁNGELES
ESTA NOCHE».

El armonioso concierto y el mejor interpretado por sus hermosas voces, justeza y afinación que nunca jamás en la tierra tendrá rival, fué el entonado cerca del Portal de Belén, en esta noche del 25 de diciembre por multitud de Coros Angélicos, hace veinte siglos.

El motivo fué festejar al divino Redentor que acababa de nacer de una Madre-Virgen. ¡Oh prodigio estupendo de la Omnipotencia de Dios!, anunciar tan buena nueva al hombre, glorificar por tal acontecimiento, en primer lugar a la Santísima Trinidad, y bajar a la tierra el don del cielo que desde el Paraíso Terrenal

mos ver sino en ciertas condiciones de luz y distancias que nuestros ojos, puedan utilizar sin menoscabo de su integridad: lo mismo del oído y de los demás sentidos. Para poder saborear las ciencias del espíritu precede necesariamente cierta preparación sin la cual la belleza y la armonía y la verdad y las proporciones que forman el deleite de nuestras facultades superiores, no son percibidas por nosotros.

¿Cómo pues, podríamos ponernos en contacto con la inteligencia de Dios, ni adaptarnos a su querer, ni vivir de su vida divina sin atemperar nuestro ser al divino? Y esto con tanta mayor razón, si se considera que la Encarnación del Hijo de Dios tiende de sí misma a verificarse personal y físicamente en cada uno de nosotros: que el resultado abiertamente querido e intentado por el Verbo de Dios fué, no sólo incorporarse a una naturaleza singular y honrar desde ella a toda la especie indirectamente, sino transformar a cada uno en sí por la Santa Eucaristía, que es la Encarnación particularísima, verificada en cuantos comen y beben el cuerpo y sangre de Jesucristo.

cuando se vivía el estado de inocencia, aún no había podido volver a gozar; La Paz, la verdadera paz. «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad». Este texto maravilloso es lo que oírían los venturosos pastores, en el silencio de la media noche, en las campiñas de Judea, cobijados por un cielo azulado y tachonado de constelaciones estrelladas que nunca se mostraron rutilantes con tanto fulgor y rodeados por un mar resplandeciente de luz.

Tenemos pues, que solamente para los hombres de buena voluntad será el poder disfrutar del don del cielo, la paz.

El mundo no puede ofrecer ni menos dar, aquello que no tiene. Lo

que este posee es la diacordia, la desunión, el rencor, la venganza, la envidia, la enemistad, y el término final que engloba todos esos malditos adjetivos, la guerra. Pero ofrecer y dar la paz verdadera, la que se desprende como fruto maduro y natural de su árbol, que es la armonía entre Dios y su criatura, entre la razón sujeta a Dios y las pasiones a la razón, la parte inferior a la superior, la carne al espíritu que todo este concierto armónico, suave y ordenado equilibrio produce en el fondo del espíritu, la paz, esto el mundo es incapaz de comunicarlo; solamente lo ofrece Dios a los hombres cuando estos se prestan a recibirla con buena voluntad.

Los espíritus mundanales y modernos, esto es los hombros carnales, se encuentran inhábiles para albergar en su corazón la paz del Niño-Dios. Faltados estos de paz tampoco la pueden irradiar a su alrededor a sus familiares, estos al pueblo, los pueblos a las naciones: He ahí el por qué de las disensio-

nes, luchas fratricidas, crímenes y guerras destructoras entre naciones que se apellidan tan civilizadas y que más les cuadra, tan descristianizadas.

Ojalá! que las multitudes que tanto se fijan en las veleidades de nuestros tiempos modernos, pararan alguna vez sus oídos para atender con reflexión al mensaje divino que se transmite al mundo en la noche de Navidad por el conducto angélico! «... Y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad». Jesucristo luz del mundo, personificación de la paz del cielo bajada a la mansión del hombre, la ofrece gustosamente a cuantos la quieren aceptar. Si estos por su parte no quedan, tampoco el Niño-Jesús se hace rogar.

Y qué paz tan dulce y llena de consuelos espirituales gozan en estos días y fiestas apellidadas «del Niño» las almas buenas, los hombres «de buena voluntad».

Dichosos de nosotros si podemos ser del número de estos!

Fr. C. de G.

FELICES PASCUAS

Al Excmo. Sr. Nuncio Apostólico, Monseñor Carlos Chiarlo; al Excmo. Sr. Arzobispo de la Arquidiócesis de San José, Dr. D. Rafael Otón Castro; a los Excmos. Sres. Obispos de Alajuela, Vicario Apostólico de Limón, Dr. D. Claudio Ma. Volio; al Ilmo. Sr. Vicario General y Venerable Cabildo de la Catedral. A las Rodas. Comunidades; al Ilustre Clero Secular; al Excmo. Sr. Presidente de la República y demás Autoridades Civiles y Militares de la Nación, a todos nuestros agentes, bienhechores, suscritores y lectores "Hoja Dominical" saluda muy atentamente y les desea

muy felices Pascuas de Navidad y Año Nuevo.

MANDAMIENTOS CONTRA LA CRISIS

10.—Amar a Dios sobre todas las cosas y cumplir con sus santas leyes como cumple a un bueno y verdadero católico.

20.—Amar a nuestro prójimo con el mismo e intenso amor que nuestro Señor Jesucristo predicó, es decir amando aun al enemigo que busca nuestro mal.

30.—Poner por sobre los intereses terrenos, estos dos amores, de tal manera, que en el orden de nuestras preocupaciones, esté primero Dios y después nuestro prójimo para ayudarlo con nuestros bienes a llenar las faltas que de ellos tuviere, y con nuestra sabiduría y consejo a iluminar las sombras de su pensamiento si lo necesitare.

40.—Si se carece de medios de vida, no dar lugar a que el pensamiento divague por campos pesimistas, de ninguna manera. Posesionarse del propósito firme y tenaz de que debe ocuparse el tiempo, trabajando para ganar el sustento o haciendo obras meritorias en consonancia con las ideas expuestas.

50.—Si se tiene medios de vida suficientes dar el total de las ganancias que se obtienen de ellos en provecho de los necesitados. Acumular riquezas en este tiempo, es crimen que debe avergonzar a los ricos y Dios manda dar mucho al que tiene mucho y poco al que tiene poco, pero dar siempre conforme a lo que se tenga.

60.—No guardar dineros en forma ofensiva a estos postulados. No acaparar valores estancando fuerzas activas que pueden hacer la felicidad de muchos si entran en la circulación, como en tiempos florecientes.

70.—Pagar el sostenimiento de las obras de beneficencia cristianas y

no olvidar que estamos obligados al del Culto, hoy más que nunca, debido precisamente a la crisis, y en consecuencia de esta obligación, pagar larga y generosamente el estímulo que se debe al periodismo católico para que cumpla sin estrecheces su misión educadora.

80.—Poner todas las expresiones de nuestro lenguaje al servicio de estas ideas para que la enfermedad de rebeldía satánica que padece el mundo, sea anulada con las generosas doctrinas de nuestra Santa Religión.

90.—Dar de comer al necesitado, darle vestido al desnudo, y agua para su sed al sediento, y recordar que es Nuestro Señor Jesucristo quien recibe esas dádivas y que con ellas tenemos derecho de esperar que El nos diga: Tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, anduve desnudo y me vestiste, Venid benditos de mi Padre....

100.—Orar en todos los momentos de nuestra existencia y pedirle a El su misericordia, para que envíe sus ángeles a este mundo y nos ayuden a combatir victoriosamente contra el Mal a fin de que su Reino nos encuentre en la debida disposición para afrontar el cargamento de nuestras responsabilidades ante su Justicia e infinita misericordia.—Amén

Estos diez mandamientos se encierran en una sola tendencia: en ponerse bajo los auspicios de la Divina Providencia, sacrificando nuestras pasiones egoístas y perversas en favor de los dos amores que han de hacer la felicidad del mundo. Buscad el Reino de Dios y su Justicia y lo demás os será dado por añadidura. P.



LA MORALIDAD, ELEMENTO DE TODA PROPAGANDA

El empuje que ha recibido el periodismo en nuestros días y la enorme influencia que ejerce en medio de la sociedad, ha inspirado a los escritores de recto pensar a reunirse en Congresos periodísticos, no sólo para trabar conocimientos y procurar el engrandecimiento material de sus rotativos, sino principalmente para ocuparse del mejor cumplimiento de la grave misión que hoy han de llenar en medio de los pueblos que han de guiar y para los cuales escriben.

De entre estos Congresos, como muy notable, se ha de señalar el reunido en el pasado mes de setiembre en Milán y en Roma, y al cual asistieron representantes de catorce naciones y de diarios y hojas periodísticas, no sólo de definido matiz católico, sino también de aquellos que se han dado en llamar de intereses generales. Uno de los temas tratados en este Congreso, fué el de la moralidad necesaria a toda publicación, y orientados por el Romano Pontífice (quien en audiencia especial les enseñó cómo la moralidad debía de ser el móvil principal no sólo en cuanto al sujeto, esto es, en el tema o asunto de la misma publicación, sino también en el «modo» de hacer la propaganda), dictaron el siguiente acuerdo que ha de ser norma de todo órgano periodístico:

«Los publicistas de catorce naciones reunidos en Roma y en Milán para celebrar el IX Congreso Internacional de Unión Continental Publicista, profundamente impresionados por las luminosas palabras que Su Santidad se ha dignado dirigirles en la Sala del Consistorio del Vaticano, se comprometen solemnemente a ob-

servar las normas indispensables para que la actividad periodística responda siempre mejor y con mayor eficacia a los fines a que está destinada».

Corresponden los términos de este Acuerdo a la enseñanza del Romano Pontífice: moralidad periodística en el sujeto y en la materia, vale decir, que los asuntos tratados sean de una honestidad absoluta, sin dejarse arrastrar por el «chantaje» periodístico, que hace a veces incurrir en faltas graves contra la moral y la verdad, no teniendo otro objeto que el escándalo que se divulga o la nota pornográfica que se da a conocer, sólo con el señuelo de captar lectores de una edición, sin parar mientes en el perjuicio que se hace al público lector, ni en el daño que se ocasiona el mismo diario al perder en su seriedad y en el aprecio de la gente sensata.

Por otra parte la misión nobilísima del escritor es defender las «fórmulas fundamentales de la moral, de la verdad y de la honestidad», pues, de no ser así, ¿con qué fin se escribe para el público? ¿Sólo con el de llenar páginas o con el de llamar la atención para obtener éxitos más o menos rotundos de editorial?... Triste modo de concebir la altísima misión del escritor.

En manos de todo periodista está la formación moral del pueblo, y los que desempeñamos tal misión no podemos olvidarla, y debemos sacrificar el éxito de mayor venta si ha de ser en detrimento de nuestra altísima misión y ésta es defender la moral, la honestidad y la verdad.

(La Religión)



EL MATRIMONIO

Explicación dialogada de la Encíclica "CASTI CONNUBII"

¿Importa este severo juicio una condenación radical de los procedimientos que pueda emplear la ciencia o ciencias naturales para lograr este equilibrio en la parte inferior de la vida?

De ninguna manera. Hay procedimientos de orden natural—absolutamente compatibles con la moral y de reconocida eficacia,—admitidos por filósofos y moralistas, que pueden ser un gran auxiliar de una voluntad enérgica para conservarse en los límites del deber. No sólo no hay inconvenientes en utilizarlos, sino que médicos y confesores los recomiendan, y hasta pueden llegar a imponerlos como deber. Lo que niega el Papa es que basten para el fin intentado o que sea su eficacia mayor que la de los recursos sobrenaturales del divino auxilio: [Lo cual no quiere decir que se hayan de tener en poco los medios naturales que no sean deshonestos; porque uno mismo es el autor de la naturaleza y de la gracia, Dios, el cual ha destinado los bienes de ambos órdenes para uso y utilidad de los hombres. Pueden y deben, por tanto, los fieles ayudarse también de los medios naturales. Pero yerran los que opinan que bastan los mismos para afianzar la castidad del estado conyugal o les atribuyen más eficacia que al socorro de la gracia sobrenatural.]

Sometidas las pasiones a la razón y ésta a Dios, y rendida la vida de los casados ante la Pateridad y Majestad de Dios por la piedad, ¿habrá que conocer cuál sea la voluntad de Dios en lo tocante al matrimonio para que a ella ajusten su conducta los cónyuges?

La lógica lo impone. Dios ha debido regular minuciosamente cuanto atañe al matrimonio, a sus deberes; a sus fines; así lo exigía la trascendencia de la institución en orden a

la sociedad humana y a la misma Iglesia, de la que es un Sacramento; y ha debido notificarlas a los hombres en forma clara, precisa, categórica: no podrían cumplirse las leyes y designios de Dios si el hombre, criatura libre, no les pudiese conocer fácilmente: [Esta conformidad de las nupcias y de las costumbres con las leyes del matrimonio, sin la cual no puede ser eficaz su restauración, suponen que todos pueden discernir con facilidad, con firme certeza y sin mezcla de error, cuáles son estas leyes.]

¿No podría el hombre, tratándose de cosa fundada en la misma naturaleza como son los deberes matrimoniales, conocerlos con seguridad y facilidad por sí mismo, como naturalmente conoce otros deberes naturales?

De ninguna manera. Porque:

a) Hay en el matrimonio mucho más que una función natural, y es la intervención positiva de Dios al elevarlo a la dignidad de sacramento; especialmente hay la parte de verdades reveladas atañentes al matrimonio, de orden dogmático y moral, que el hombre no puede conocer por sí mismo: [Ahora bien, no hay quien no vea a cuántos sofismas se abriría camino y cuántos errores se mezclarían con la verdad, si se dejara a cada cual examinarlo con las solas luces de la razón, o indagar particularmente la verdad revelada.]

b) Es esto más difícil en lo que al matrimonio se refiere, porque más que en otras cosas puede la pasión ofuscar la razón y suplantarla: [Y si esto vale por muchas otras verdades de orden moral, particularmente se ha de tener en cuenta por lo que se refiere al matrimonio, donde el deleite libidinoso fácilmente puede abrirse paso en la frágil naturaleza humana, engañándola y seduciéndola.]

c) Añádanse a esto las enormes dificultades y trabajos que consigo lleva la vida conyugal, en los que fácilmente hallarían los esposos pretexto para evadir sus deberes y responsabilidad: [Y esto tanto más cuanto que, para observar la ley divina, los esposos han de hacer a veces sacrificios difíciles y duraderos, de los cuales se sirve el hombre frágil, según consta por experiencia, como de otros tantos argumentos para excusarse de cumplir la ley divina.]

¿Quién ilustrará con la luz verdadera e inconfundible al hombre en cosa de tanta transcendencia personal y social como es el matrimonio?

En lo que atañe al mismo matrimonio y a sus bienes fundamentales y a las leyes morales que deben regularlo en sus varios aspectos, solamente la Iglesia puede hacerlo. Hay otros aspectos que caen bajo el campo de las ciencias humanas o bajo la jurisdicción de la misma potestad civil, como ya hemos indicado; pero sólo la Iglesia compete lo que llamaríamos institución dogmática y moral del matrimonio: [Por lo cual, a fin de que ninguna ficción ni corrupción de dicha ley divina, sino el verdadero y genuino conocimiento de ella ilumine el entendimiento del hombre y dirija sus costumbres, es menester que se junte a la devoción hacia Dios y el deseo de servirle, una humilde y fiel obediencia para con la Iglesia.]

¿En qué se funda el derecho de la Iglesia a regular el matrimonio, siendo éste una cosa tan natural y humana?

En que el matrimonio, si es institución natural, es también institución divina, no sólo en su esencia, sino en las obligaciones que de ella derivan y en las leyes que lo regulan, y Dios no ha dejado sus cosas, las cosas divinas, tanto cuanto lo exige el último fin del hombre, a la ciencia ni a la autoridad civil, sino que las puso en manos de la santa Igle-

sia, custodio e intérprete de la verdad y de la regla moral, hasta en su aspecto natural: [Cristo nuestro Señor constituyó a su Iglesia maestra de la verdad, incluso a lo que se refiere al orden y gobierno de las costumbres, aun cuando muchas de ellas estén al alcance del entendimiento humano.]

¿De dónde arranca la necesidad de una institución sobrenatural como es la Iglesia para adoctrinarse en muchas cosas que la pura razón alcanza?

Arranca de la debilidad e ignorancia del humano pensamiento y de la preponderancia de las pasiones en el estado actual de naturaleza caída; porque ni todos los hombres, ni con la debida certeza, podrían ni tal vez querrían conocer estas verdades que, no obstante esta impotencia, son absolutamente necesarias para que logre el hombre su fin último: [Porque así como Dios vino en auxilio de la razón humana por medio de la revelación, a fin de que el hombre «aun en la actual condición en que se encuentra pueda conocer fácilmente, con plena certidumbre y sin mezcla de error alguno», las mismas verdades naturales que tienen por objeto la religión y las costumbres; así y para idéntico fin, constituyó a su Iglesia depositaria y maestra de todas las verdades religiosas y morales.]

¿Importa este carácter de la Iglesia, de depositaria y maestra de las verdades religiosas y morales, el deber ineludible de obedecerla en sus enseñanzas y direcciones?

Sí; tanto cuanto urge al hombre el deber que tiene de lograr su fin último, por cuanto sólo los que obedecen a Dios y la Iglesia, que oficialmente le representa, pueden lograr su salvación eterna: [Por tanto, obedezcan los fieles y rindan su inteligencia y voluntad a la Iglesia, si quieren que su entendimiento se vea inmune de error y libres de corrupción sus costumbres], condición indispensable para salvarse.



AL NIÑO JESUS

DIVINO Niño, mi Dios, mi vida,
Prenda de mi alma, cielo de amor,
Bajaste al mundo para consuelo
Del infeliz, del pecador.

Quien busque amores, luces y dichas,
Niño querido, las busque aquí;
Quien de dulzuras quiera saciarse
Venga a gustarlas cerca de Ti.

Lirio del valle, botón de rosa,
Jardín de amores, todo un edén;
En Ti se encuentra Jesús bendito
Mi única dicha, mi único bien.

¡Ay! con las plumas de los Querubens
Quisiera hacerte blando colchón!
Pero dejaste tu hermoso cielo
Buscando amante mi corazón.

Ven, pues, Niñito, ven a mi pecho,
Que aunque tan pobre, tuyo será
Como el pesebre, pobre y helado,
Mas con tu fuego, luego arderá.

No hay niños en Rusia

Parece una paradoja.

Pero en Rusia ya no hay niños.

El Estado, de protector, se convirtió
en verdugo de la familia; y de un golpe
macizo acabó con los encantos de
la infancia y con la santidad del hogar.

La doctrina soviética, que como una
gasa se extiende sutilmente por la ma-
sa del mundo, conjuró a las madres
rusas a que debían odiar a sus hijos y
entregarlos al Estado como a único
dueño, tan pronto como ellos abrieran
los ojos a la luz.

¿Por qué ese atentado contra la fa-
milia?

¿Por qué esa herida mortal a la ma-
dre?

Era preciso acabar con la influencia
de la madre en la sociedad; porque en
la conciencia humana bulle la convic-
ción de que la madre, por naturaleza,
es contraria a la demagogia y a toda
barbarie.

En el voraz incendio prendido en Mos-
cú se redujo a cenizas la maternidad.

Sobre esos despojos sagrados se le-
vantó el pedestal de la barbarie vergon-
zosa.

En aquellas criaturas robadas por el
Estado, los instintos de una naturaleza
salvaje aparecen con precocidad sor-
prendente estimulados por las mismas
leyes satánicas y alimentados por una
atmósfera de densísima impiedad.

Y bien pronto aquellos viejos de po-
cos años han conocido todos los vicios
y todos los flagelos han sentido.

De estos hijos desgraciados del Es-
tado daba la siguiente estadística pas-
mosa un periodico francés: «De la mul-
titud de niños reclusos por el gobier-
no ruso en los hospitales nacionales,
un 45 por ciento cocainómanos; un 70
por ciento enfermos de la piel; un 40
por ciento físicos y un 70 por ciento
alcohólicos».

Desventurados seres que por obra de
una oficial perversidad se levantan sin
madre, sin escuela, sin Dios.

Y hay que advertir que estos son ni-
ños y sus dolencias son no ciertamente
infantiles.

El poderoso pulpo continúa exten-
diendo sus fatídicos tentáculos por los
cuatro horizontes del mundo.

Rusia no deja que los niños rusos
se acerquen al Señor.

Rusia no dejará que los niños del
resto del mundo se acerquen al Señor.

¿Será esto una realidad o un pesi-
mismo censurable?

Que contesten muchas madres.

Pues mientras ellas no naufraguen,
como las madres rusas, sus hijos sen-
tirán a Dios en el hogar, lo sentirán
en la escuela, lo sentirán en el alma.

PEDRO JOSÉ ORTÍZ

CARIDAD

Dad al pobre, dad al pobre
paz, consuelo, alivio, pan
!que recobre

la esperanza y la alegría
con la ayuda que le dan!
A las manos bondadosas
desde el Cielo Dios envía
el perfume de las rosas
de la eterna Alejandría.

Dad limosna al que se agita
por cruel miseria opreso
a la triste ciegucecita

dadle un beso.

RUBÉN DARÍO